

Diego Muñoz

## El gaucho, antes de entrar a la poesía



RES son los poetas argentinos que llevaron el gaucho a la poesía: Bartolomé Hidalgo, con sus «Diálogos» y «Cielitos Patrióticos»; Hilario Ascasubi, con «Paulino Lucero», «Aniceto el Gallo» y «Santos Vega»; y, finalmente, el más célebre de todos, José Hernández, con su «Martín Fierro».

En los versos del primer poeta, el gaucho lucha por la libertad de su patria en la guerra de la Independencia; el segundo poeta divide el gauchaje en federales y unitarios bajo la tiranía de Rosas. Sólo Hernández construye el tipo humano acabado, con sus costumbres y su filosofía propias, en aquel gaucho que vive a lo largo de casi cinco mil versos y que comienza el relato de sus aventuras y desventuras en la estrofa, ya tan conocida en todos los pueblos de habla española:

Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vihuela  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria,  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.

Pero saquemos al gaucho de los versos que lo han cantado y, siguiendo la prosa de testimonios contemporáneos, entremos con él a la vastedad de sus propias pampas, en el comienzo del siglo pasado. Desde luego, escuchemos a Margariño Cervantes, cuyas páginas contienen una prolija investigación y estudio sobre el Río de la Plata.

En aquellos tiempos tan lejanos ya la inmensidad de las pampas no tenía sino seis habitantes por cada legua cuadrada. De una estancia a otra, de un pueblo a otro, había cuatro, diez y hasta treinta leguas de distancia. «El clima de este país privilegiado es, en general, de los más templados y benignos de América», y en él viven y se reproducen 18 millones de cabezas de ganado vacuno y tres millones de caballos, sin contar las ovejas ni dos millones de ganado salvaje y de yeguas alzadas y sin dueño, cálculo que se considera aún muy prudente para la época.

Desde Buenos Aires y Montevideo salen para Europa cada año, barcos que llevan en total un millón de cueros. En este medio vive el gauchaje, respecto del cual llega a decirse: «Las más sabias leyes, las medi-

das más vigorosas de la policía no obrarán jamás sobre una población esparcida en campos inmensos, y sobre unas personas que pueden cambiar de domicilio con la misma facilidad que los árabes o los indios pampas».

Allí vive el gaucho: el sombrero adornado por alguna flor que le fué dada en prenda de amor, la chaqueta caprichosamente bordada, el chiripá sujeto a la cintura por el tirador, en el cual guarda tabaco y dinero, y allí mismo también, un enorme cuchillo, garantía de su vida y de su honor, al mismo tiempo que instrumento de trabajo; un cuchillo tan afilado «que puede un hombre afeitarse con él»; bajo el chiripá, un ancho calzoncillo con bordados y flecos; botas de potro, espuelas de plata, un poncho sobre los hombros y el lazo y las boleadoras en su montura.

Este personaje se levanta antes que el sol y va a los corrales para soltar el ganado, hecho lo cual vuelve a su rancho para tomar mate y fumar tranquilamente. Si este día hay trabajo, no será otro que el de matar un número de reses para desollarlas y carnearlas. En sólo unos pocos minutos el animal está en el suelo y luego, descuerado tan hábilmente, que la piel no tiene ni rasguños ni partículas carnosas. El cuero quedará extendido entre estacas para secarse y la carne será cortada en delgadas tiras y tajadas para hacer tasajo y charqui.

Como con tan poco trabajo puede aburrirse, el gaucho monta en su caballo y se dirige a la pulpería. Allí se bebe, se come, se juega y se cruzan en riña los pu-

ñales; se habla de las «yerras» de animales, de las carreras que se hicieron el Domingo anterior, de los animales que andan extraviados, de las últimas pendencias y luego se escucha al «payador» que canta aventuras propias o ajenas, a veces de memoria, a veces improvisadas.

De pronto una mala palabra hiere el amor propio de alguno de los presentes y salen a relucir los cuchillos y la concurrencia se aparta para que el asunto se arregle «entre hombres». Uno queda allí herido o muerto y el otro monta en su caballo y se va para no volver.

Es el destino del gaucho. Desde los cinco años, el caballo forma parte de su persona y luego transcurre la vida de este centauro de las pampas entre domar potros y degollar novillos y cabalgar sin descanso de una parte a otra. Si se desmonta, será para comer, dormir o jugar a la taba. Sobre su caballo sale a vagar por la inmensidad de la pampa y si ha de atravesar un río, lo hará a nado, agarrándose a las crines del animal y ayudándole contra la corriente. Alguna vez habrá tenido que hacer frente a un tigre o, peor aun, a un «gaucho malo», que sería capaz de asesinarle sólo por robar las espuelas que lleva.

A veces tendrá que galopar días y noches bajo el sol o contra el viento y dormir sin más cama que la tierra, ni más techo que el cielo. Durante la noche tendrá que rodearse de una fogata circular para que el



tigre hambriento no caiga sobre él y le destroce el pecho de un zarpazo.

Alma indómita que sabe sentir el deleite de la soledad, porque es en ella donde se encuentra libre, necesita perderse en medio de la pampa ilimitada, donde aprende una ciencia que sólo él posee. Sabrá siempre en qué sitio se encuentra con sólo mirar un detalle insignificante para los demás; dirá que aquello es una pisada de yegua que pasó hace cinco días por allí y que esa otra huella es de un tigre que anda por las inmediaciones; si pone el oído en tierra dirá cuántos son los caballos que vienen todavía a mucha distancia y agregará si trotan o galopan, si vienen solos o perseguidos y a qué distancia se encuentran, sin equivocarse jamás.

Esta mágica sabiduría no lo pondrá engreído, sin embargo; sólo que desprecia profundamente al hombre de la ciudad, cuya vestimenta y modo de hablar le parecen ridículos, aparte de que no ignora que esa gente no sabe nada de nada . . . El forma un mundo enteramente aparte de todo lo demás, profundamente separado de todo, con sus nobles virtudes y su arrogancia irreductible. El es, para sí mismo, lo más que puede ser un hombre de su tierra: un «gaucho derecho».

Cuando llega el año grande de América, 1810, le hablan de una tiranía que no ha conocido jamás en ninguno de los años de su vida; le dicen que es necesario conquistar una libertad que él no entiende, puesto que tiene la suya propia, sin límites; le dicen que

debe ayudar a la Independencia, y tampoco comprende. Pero le demuestran luego que el enemigo invade la tierra y que terminará por hacerlo esclavo y entonces el gaucho, haciendo honor al principio supremo que guía su vida —«naide es más que naide»— monta sobre su caballo y se lanza a la lucha con una braveza indomable y heroica.

Desde entonces, desde que él dió también su parte de sangre a la patria, ha venido perdiéndose. Vive ahora mucho más separado, después que los tres poetas criollos lo elevaron hasta la poesía.

Alguna vez llega, sin embargo, hasta Buenos Aires; pero ni siquiera le asombra la grandiosidad urbana. Mira con el rabillo del ojo y dice socarronamente algo que sólo él entiende. Así lo he visto un día por la Avenida de Mayo, caminando descuidadamente, sin prisa, casi con indolencia, entre la curiosidad de las gentes.

Para él la belleza construída prodigiosamente por un Municipio es mucho menos que la soledad dichosa de las pampas, entre sol y viento, entre una guitarra y un mate amargo.

Martín Fierro no puede olvidar su «pago» remoto y se va para no regresar por mucho tiempo, seguro de que vive, sin embargo, y de que jamás su existencia caerá en el olvido, como lo dice en una de sus últimas estrofas:

Pues son mis dichas desdichas,  
las de todos mis hermanos;  
ellos guardarán ufanos  
en su corazón mi historia;  
me tendrán en su memoria  
para siempre mis paisanos.